

*TREMENTINA, CLERÉN Y BONGÓ (1943),*  
DE JULIO GONZÁLEZ HERRERA

Danilo Manera  
*Universidad de Milán*

La primera edición de *Trementina, clerén y bongó* (1943, Ciudad Trujillo: Editorial Pol Hermanos), la obra maestra del dominicano Julio González Herrera, contiene también las primeras opiniones sobre el autor y la novela escritas por quienes tuvieron el privilegio de leer el manuscrito. Freddy Prestol Castillo –quien treinta años más tarde publicará su novela *El Masacre se pasa a pie*, por aquel entonces escondida–, luego de mencionar el interés que representaba la publicación de este nuevo libro, que aúna temas folklóricos y universales, y de destacar su prosa clara y precisa, «atildada sin rebuscamientos», añade: «En esta hora en que revisamos los problemas nacionales, y en que el affaire Haití, como cuestión demográfica y psíquica a todos nos preocupa, el libro de González Herrera cobra méritos de oportunidad y es un serio argumento para pensar en que somos distintos de Haití. Es el escritor dominicano que mejor ha expresado en letras al haitiano» (1943b: s.p.). Por su parte, Manuel A. Machado B. sintetiza: «Es un maravilloso relato, podríamos decir, de las diferencias étnicas y sociales de dos razas antagónicas: la haitiana y la dominicana» (1943b: s.p.). El diario *La Opinión*, el 10 de abril de 1943, corrobora: «El Licdo. González Herrera se revela como un novelista vigoroso, y da a conocer las diferencias psicológicas dominicano-haitianas, pintando cuadros de ciertas tradiciones dominicanas que en su pluma recobran vida».

Poco tiempo después, ese mismo año y en la misma editorial, aparece el poemario de González Herrera *En la ruta desolada*, que recoge al final del libro otras opiniones sobre *Trementina, clerén y bongó*, todas en el mismo sentido. Miguel Rodríguez hijo subraya lo mucho que se comenta la novela en Santo Domingo y escribe: «Julio González Herrera no ha titubeado en

describir costumbres nuestras y costumbres de los vecinos occidentales, significando la disyuntiva que se interpone entre dos psicologías colectivas diametralmente opuestas por obra y gracia de inequívocos destinos étnicos» (1943a: s.p.). Y afirma que el libro le ha devuelto a la mente y le ha hecho revivir con intensidad sus experiencias del «diabólico vaudou haitiano»:

Yo sabía de muchas cosas raras dependientes de esas prácticas aborrecibles; conocía historias que me impresionaron hondamente hasta sacarme de quicio. Como viví tantos años en el Este de la República internado, a veces, en los bateyes que se agachan en medio de los cañaverales, conozco historietas espantosas de pañuelos multicolores y ceremonias llenas de fuego, vidrio y platos esmaltados que producían tremendas transmigraciones. Y ahora este Julio González Herrera vuelve a inquietarme con esos cuadros tan vívidos. (1943a: s.p.)

El diario *La Nación*, del 25 de mayo de 1943, anota:

es una obra en la cual la observación es certera, los personajes dotados de extraordinario realismo, y la descripción sobria, ajustada en sus pormenores. En la parte final se replantea el problema, ya desaparecido, de nuestra frontera, cuyas raíces entrevé el autor en las diferencias de tipo vario que hay entre los hombres de oriente y de occidente, diferencias entre las cuales hay que conceder necesaria preponderancia a los factores genotípicos y a los paratípicos, o sea, en el primer caso, a las cualidades heredadas y en el segundo caso a las transformaciones morfológicas determinadas por el medio ambiente.

Por su parte, Rafael Damirón –escritor, diplomático, diputado trujillista y amigo del autor–, recalca en *La Opinión* del 4 de junio de 1943 que la novela nace «de las hendiduras de un alma atormentada por la impiedad de cuanto la rodea». José Rial –exiliado republicano español, profesor de la Escuela Normal de Santiago–, dice en *La Nación* (17 de octubre de 1943) que el enfrentamiento de corte social entre «loqueros despiadados» y «locos sublevados» se desvía hacia una «novela de amor y aventuras, muy de la época, en la que los malvados son [...] unos fingidos locos haitianos. Y esta desviación plantea el tema del color con caracteres tan enteros y precisos, que no sitúa el conflicto en lo racial ni aun en lo nacionalista, sino en algo infinitamente más arduo: en lo religioso». Para el autor el tema, «aunque tratado al desgaire y como simple elemento dramático por el autor», apunta

a la bandera del catolicismo en la lucha secular de los dominicanos contra Haití. Rial juzga tan esencial en el autor este «instintivo sentimiento» que cuando «trata de concentrar las esencias de su obra dándole su expresión fatalista, surge el odio racial hacia el negro que exalta todos los valores del libro, como si fuera este sentimiento del odio racial el que atizara y encendiera la inspiración, y le diera a la obra su forma definitiva y concluyente».

Esta era la lectura predominante, de estricta ortodoxia trujillista, y que el mismo autor formalmente apoyaba. En el poemario *En la ruta desolada* aparece también un soneto, «El jefe», fechado en 1941, que evidencia su devoción a Trujillo (y de paso sus escasas dotes poéticas):

A su mirar se mueren las ortigas,  
se le venera como a Dios, acaso,  
porque siembra los dones a su paso,  
como Dios en el campo las espigas.

Está ocupado en todos los instantes,  
i en la lid del amor o de la guerra  
con su espada flamígera os aterra  
o con su corazón forja diamantes.

Con su heroísmo fatigó a la gloria,  
con su visión engrandeció la historia,  
i dió a la patria su más puro brillo.

I es por eso que claman voces puras:  
gloria a Dios inmortal en las alturas  
i en Quisqueya feliz gloria a Trujillo! (1943a: s.p.)

En 1943, Julio González Herrera tenía cuarenta años; su existencia estaba marcada por unos pocos rasgos sobre los que coinciden todas las fuentes (Basil 1978, Conde Sturla 1990, James 1997, Herrera 2018): los brillantes estudios de derecho, una importante carrera en la diplomacia y la administración (con Horacio Vázquez primero y Trujillo luego)<sup>1</sup>, y la

---

<sup>1</sup> Ocupó los cargos de Ayudante del Consultor Jurídico del Poder Ejecutivo (1923, Gobierno de Vicini Burgos), Primer secretario de las legaciones dominicanas en Argentina, Chile, Brasil y Uruguay entre 1924 y 1926 (Gobierno de Horacio

muerte del padre y un disgusto amoroso que lo llevaron al alcoholismo, al punto de que durante una borrachera llegara al extremo de insultar al padre del dictador, lo que conllevó varias reclusiones en el manicomio de Nigua como «desafecto» al régimen y dipsómano loco. Con anterioridad González Herrera solo había publicado *Versos del carnaval* (1937); años después aparecerían las novelas *La gloria llamó dos veces* (1944) y *El mensaje de las abejas* (1949), los ensayos *Pedro Santana* (1951), *Historia de las finanzas dominicanas* (1951), *Ciencia jurídica dominicana. Derecho usual* (1952) y *Trujillo, genio político* (1956), y los cuentos de *Cosas de locos* (1959)<sup>2</sup>. *Trementina, clerén y bongó* será, sin embargo, su obra más apreciada, con tres nuevas ediciones a lo largo del tiempo: en 1974, 1985 y 2018.

Antonio Zaglul, el conocido psiquiatra dominicano que dirigió el manicomio de Nigua a partir de 1950, al comienzo de *Mis 500 locos. Memoria del director de un manicomio* recuerda *Trementina, clerén y bongó* con estas palabras:

es el título de una obra de un famoso periodista alcohólico de nuestro país, publicada después de haber estado en el Manicomio. Fue un gran éxito de librería: tan enorme que nunca pude conseguir, ni siquiera prestado, un ejemplar. No se hizo una segunda edición, por el estado mental del paciente, aunque publicó otro sobre el tema de sus memorias frenocomiales, intitulado *Cosas de locos*. Los tres vocablos del título son una mezcla de alegría y tristeza. *Bongó* es símbolo de nuestro trópico y de nuestra raza negra. *Clerén* es la patente haitiana de la destilación de la caña de azúcar, y bebida favorita del autor, causa y efecto de sus frecuentes entradas y altas en el Manicomio, y *trementina [sic]* es también un producto de la destilación de los derivados del pino. Para los psiquiatras es un método de tratamiento más o menos aceptado. Pero para mis quinientos locos, era castigo y dolor, porque unos pocos centímetros cúbicos en ambos muslos, forman un absceso. [...] La trementina era un síntoma de crueldad, una falsa demostración de autoridad para esconder la ignorancia de quienes dirigían el establecimiento y de sus subalternos. (Zaglul 2011: 33-34)

---

Vázquez), Mayor de Leyes e Inteligencia del Ejército Nacional (1927-29, con Horacio Vásquez), Abogado Consultor de la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores (1929-1930, Gobierno de Horacio Vásquez), y Juez del Tribunal de Tierras (1933-38, Gobierno de Trujillo).

<sup>2</sup> De este libro hay una edición de 2018 por la editorial Cielonaranja de Santo Domingo-Berlín.

Al salir del manicomio, el autor, sin duda, intentó montarse de nuevo al carro del Benefactor, ya que la adhesión a la dictadura era entonces la única manera de sobrevivir, y aceptó su papel de oscuro intelectual al servicio del trujillato, también en parte debido a que nunca se recuperó del todo de sus problemas de salud<sup>3</sup>.

No obstante, con *Trementina, clerén y bongó*, por única vez en su carrera y jugando con la demencia, Julio González Herrera fue capaz de burlar la censura y ser de alguna manera libre. Esta venganza del arte sobre las constricciones sociales y los límites humanos, que consiguió gracias a la ingenua fórmula de «amor, locura y magia», hace posible endulzar el olvido en el que cayó el autor después de su muerte en 1961 y celebrar la hermosa reedición de la novela en 2018, que, con prólogo de Jochy Herrera y en la colección Clásicos Dominicanos, del Isfodosu, es la que manejamos aquí.

El primer estudio importante sobre la novela se encuentra en *Denuncia y complicidad* (1997), de Norberto P. James, que ofrece mucha información y notables pistas para su lectura. James subraya acertadamente que la advertencia inicial —«Se hace constar que la acción de esta novela es puramente imaginaria y que cualquier semejanza que se creyere encontrar entre sus personajes y actuación con personas o hechos de la vida real, no tiene fundamento» (González Herrera 2018: 23)—, queda invalidada «debido al énfasis que pone el narrador en resaltar la verosimilitud de los hechos narrados, recargando así el relato de alusiones históricas y de sucesos harto conocidos por parte del lector dominicano» (James 1997: 105). El autor parece hacer un guiño sobre lo que está obligado a decir y lo que en realidad desea decir, autorizando una lectura al filo de la ambigüedad, sobre todo si consideramos que la historia se desarrolla abiertamente en junio de 1942. James también señala el elemento autobiográfico en el personaje de Rodolfo, cuya «locura» por una decepción amorosa y política permite identificarlo fácilmente con González Herrera, y destaca la denuncia del sistema opresivo del manicomio-Estado sobre la población de la isleta ocupada por el hospital-prisión, que es una copia en pequeño de la Hispaniola. Esta denuncia, sin

---

<sup>3</sup> De hecho, empeoró. Escribe Conde Sturla: «a fines de los años cincuenta se había convertido en un guiñapo, desprovisto de toda posible dignidad, y era frecuente encontrarlo en cualquier banco de la Ciudad Colonial durmiendo a pleno día la borrachera» (1990: s.p.).

embargo, afirma James, «se deshace al desarrollarse dentro de los parámetros de la ideología trujillista tan palpable en el texto» (1997: 109). Desafortunadamente, el crítico se deja guiar por dos líneas de análisis muy de moda en su momento, pero que no producen resultados significativos: no lleva a ninguna parte remitir a la visión carnavalesca de Bajtín —aquí lo que hay es venganza y ley del contrapaso, sin elemento burlesco: «¡Ojo por ojo y diente por diente!», exclama Rodolfo en la novela (2018: 129)—, ni tampoco preguntarse si *Trementina, clerén y bongó* sea una novela-testimonio o un testimonio novelado, cuando indudablemente no responde a los modelos y características de estos géneros. Pero sobre todo, James acentúa, a mi juicio excesivamente, los «exagerados estereotipos» (1997: 103) con que se retrata a los haitianos, normalmente tachados de analfabetos, supersticiosos, salvajes, malolientes, ladrones, asesinos, bárbaros e incultos. Hasta el punto de que la novela, publicada a tan solo seis años de la masacre fronteriza de 1937, resulta a su parecer plagada de «objetivos propagandísticos», y «en cierta medida, justifica el genocidio, no solo al hacerse eco de la versión oficial, sino por el evidente racismo antihaitiano que esgrime el texto» (James 1997: 123). Así, «casi la mitad de la novela [...] se centra en la denigración de los haitianos» (James 1997: 125) y su autor «muestra su más desmesurado racismo en consonancia con la ideología dominante y la realidad histórica del período» (James 1997: 126).

En esos mismos años Giovanni Di Pietro afirma que la novela «no se circunscribe a una lectura racista ni es una apología de la Era» (1996: 28). Ve en la obra el antihaitianismo como retórica nacionalista, pero ofrece una interpretación de la que discrepo:

¿Qué nos quiere decir González Herrera en esta novela? Rodolfo es Trujillo. Nigua es La Hispaniola. Los haitianos son los enemigos de los dominicanos por razones históricas, religiosas y culturales. Charlotte significa los intereses yanquis en la República Dominicana. Celeste es el pueblo dominicano, enamorado de Trujillo, pero que es rechazado por este por ser mulato y no blanco. Rodolfo/Trujillo es un loco. No hay duda de eso. Pero, para González Herrera, este loco tiene una función positiva en la historia del país: como hombre fuerte, salva a los dominicanos del peligro haitiano. (Di Pietro 1996: 29)

James también atribuye a Rodolfo la doble función de «reflejar las vivencias del autor en el centro hospitalario» y «representar a Trujillo ante el

problema dominico-haitiano» (James 1997: 122), una lectura que tampoco convence, ya que parece basarse en el hecho de que a Rodolfo lo llaman «jefe» tras el triunfo temporal de su revolución, algo que no remite para nada al atributo típico de Trujillo. Después de que el poder pasa a manos de los haitianos, su líder, Papá Oguís, dirigiéndose a Rodolfo, le dice «en claro español: –Señor jefe –¡Dispóngase a obedecerme, porque ahora el jefe soy yo!» (González Herrera 2018: 217). Trujillo aparece en el nombre de un barco de vapor en la página 97 y en una de las donaciones que Rodolfo hace de su tesoro: 20.000 dólares al «Presidente de la República Dominicana para ser empleados en una o varias obras de beneficencia» (2018: 240). Pero, sobre todo, Rodolfo es un ex-diputado del Parlamento trujillista, no aparece connotado como militar y, aunque tiene muchísima suerte, fracasa en su revolución, ya que el régimen anterior se restablece y él se va a vivir a los Estados Unidos. Hay un final feliz que hace olvidar las tensiones anteriores y sin el cual no se hubieran podido escribir tantas críticas al poder y sus abusos –indirectas todo lo que se quiera, pero de fuerte realismo y perfectamente legibles como antitrujillistas<sup>4</sup>.

González Herrera sabía que no iba a poder publicar una historia donde los locos y desafectos triunfaran en su rebelión contra la burocracia opresiva del Estado totalitario y racionalista. Además de su primer «enemigo» (la sociedad de los cuerdos, la institución hospitalaria y carcelaria, los médicos y *loqueros*, etcétera), con el que al final se reconcilia, necesitaba de otros malos, y los tenía a mano: los haitianos y los alemanes. Y necesitaba de otros buenos, porque tampoco podía dejar que su primer «enemigo» se saliera con la suya, y también estaba a mano: los norteamericanos que patrullaban las aguas del Caribe durante la Segunda Guerra Mundial.

Empecemos por los haitianos y veamos de dónde extrae su información González Herrera. Él mismo cita varias veces en la novela un libro de Santiago Peñolguín, *Vudú*, publicado en La Vega, en 1940. Es la obra juvenil de Santiago Peña Holguín, que había sido maestro en Dajabón de 1935 a 1940 y había vuelto, antes de cumplir los treinta años, a su tierra natal de La Vega para dedicarse a la agricultura. En el libro, que le financia su hermano

---

<sup>4</sup> De hecho, en su tesis doctoral de 2005 en la Universidad de Granada, *Trujillo: el fantasma y sus escritores (Análisis y sistematización de la novela del trujillato)*, Ana Gallego Cuiñas aborda la interpretación antitrujillista de *Trementina, clerén y bongó*.

Delfín, anuncia otros títulos que no llegará a publicar nunca. *Vudú* está compuesto por 18 capítulos dedicados a las creencias y costumbres de la Línea Noroeste y Haití, en su mayor parte basados en experiencias directas –narraciones, escenas, cuentos populares y testimonios escuchados– y en lecturas que demuestran la viva fascinación del autor por el mundo del vudú (interpretado obviamente como superstición), y cierta habilidad a la hora de reproducir el habla popular o el criollo haitiano. González Herrera toma de esta fuente varias anécdotas –por ejemplo, sobre víctimas de curanderos farsantes o peleas de gallos– y algunas reflexiones sobre la postura nada romántica del haitiano frente a la mujer, además de varias canciones en *kreyòl*. El libro está dedicado al «Generalísimo Rafael L. Trujillo M., Benefactor de la Patria»; en el epílogo Peñolguín alaba la reciente represión, que según él había disipado las sombras de supersticiones, y el castellano que se enseña en las escuelas, que está borrando el *patuá*: «El ruido de los tambuses ha pasado a la categoría de curiosidad, de mera curiosidad turística... se oye lejos, al otro lado de la frontera, selva adentro. Ya nadie se recuerda que años atrás mantenía en tensión nerviosa a la ingenuidad de poblados y villorios» (Peñolguín 1940: 210). El autor cita como única referencia bibliográfica *The Magic island* (1929) de William B. Seabrook, el viajero y periodista norteamericano que dio a conocer en el mundo entero el vudú y los zombis. Apenas tres años después, en 1932, llegaría la primera película de zombis, la exitosa *White Zombie* de Victor Halperin.

*The Magic island* es un texto de una profunda fascinación por lo primitivo y lo mágico, que se mezcla a veces con una mirada racista e imperialista de superioridad blanca; el libro incluye ilustraciones de un expresionismo que hoy parece caricaturesco y denigrante. El libro de Seabrook se comenta en *Trementina, clerén y bongó* con relación a una hechicería vudú:

–Pues... mire Rodolfo, al oír que Senén le decía que el haitiano prometía hacer revivir a Ubén, me recordé de un libro en inglés que hace años leí, y que se titulaba *The Magic island*, del cual es autor un renombrado escritor norteamericano, de nombre William Seabrook, si mal no recuerdo. Este señor visitó a Haití y relata en el libro haber comprobado que ciertos haitianos sacaban los muertos de sus tumbas a las pocas horas de haberlos enterrado y los hacían revivir con ciertas ceremonias y ritos. Que los resucitados quedaban en un estado de atontamiento tal, que eran manejados fácilmente por sus victimarios, los cuales los ponían a trabajar como animales en las plantaciones de caña y



café. Creo que a los resucitados les llaman *zombis* o algo así. Me recuerdo de todo esto, porque el episodio provocó una gran curiosidad en mí y en otras amigas que habían leído el libro y discutimos el asunto con frecuencia. (González Herrera 2018: 180)

González Herrera no podría ser más claro: su visión del vudú haitiano procede de Norteamérica. Con su colega estadounidense compartía también otro rasgo curioso: el alcoholismo agudo. En 1933 Seabrook entró en una institución mental para recibir tratamiento, y tras una estancia de algunos meses publicó *Asylum* (1935), concebido como si fuera otro de sus libros de viaje.

Tiene razón Pedro Conde Sturla cuando dice que el desarrollo de la novela en su primera mitad no deja adivinar el cambio que se produce en la segunda, pero no por los motivos que indica:

A partir de aquí empieza a perfilarse la desgracia, una desgracia literaria que no atañe a los personajes sino al texto: la novela se traiciona, pierde la dimensión social, pierde la instancia dramática, neorrealista, y el relato de folletín con hondas raíces humanas se convierte en una tesis político-racial, ensayo de interpretación en clave alegórica –antihaitiana, trujillista y pro yanqui– de la historia nacional. (Conde Sturla 1990: en línea)

La narración evoluciona en la única dirección posible en aquel momento y en ese contexto; no por casualidad González Herrera menciona textos como *El Conde de Montecristo* y *Las mil y una noches*, logrando que, a estas alturas, nos preguntemos si estamos de lleno en un folletín de aventuras o, en términos más modernos, dentro de una película de Hollywood. En este sentido vemos cómo la confidencia de Córdoba, un exiliado español internado en el manicomio, permite a Rodolfo descifrar un criptograma que lo lleva a hallar un tesoro de piratas en una cueva secreta. Como si de un clásico film de acción se tratara, en el manicomio modelo hay un día de visita y en el vapor que trae a los visitantes llega Charlotte Greenwood, joven yanqui rubia, de ojos azules, que «parece una muñeca de *biscuit* y es tan blanca que cuando está en el sol casi no se la ve» (González Herrera 2018: 95), y Rodolfo, embelesado, la rapta y la lleva a la gruta. Un submarino alemán torpedea al vapor durante su regreso y mueren muchos de los pasajeros, quedando incomunicada la islita del manicomio, lo que crea las

condiciones propicias para la rebelión encabezada por Rodolfo, ya con su tesoro enterrado y su linda musa norteamericana –quien irónicamente, de no haber sido secuestrada por él, podría haber perecido en el ataque–. En este momento los haitianos, que han ocupado disciplinadamente el territorio que se les ha asignado, roban lo que necesitan para sus ceremonias vudú y para destilar alcohol. Son castigados con latigazos. La dominicana Celeste roba a su vez una botella luminosa de los rituales vudú para alumbrar a su virgencita. Un haitiano la persigue y Rodolfo lo mata para defenderla. Los haitianos entonces toman el poder para vengarse. Pero la tripulación de un buque patrullero norteamericano recupera en el mar la botella luminosa con la virgencita y luego ve un mango ardiendo en la costa y desembarca. Así Celeste puede guiar a los marinos que llegan a tiempo para evitar el desastre y todo acaba bien.

A pesar de que dominicanos y haitianos resultan netamente «divididos por una especie de barrera racial, psicológica e idiomática» (González Herrera 2018: 55), no solamente el antihaitianismo no es un tema central en la novela, sino que los haitianos son arrastrados por un delincuente brujo y embaucador que representa al perfecto «malo de película»: Papá Oguís, el *Papabocó* de una secta de vudú, cuya figura tenebrosa y repelente se describe con claro exceso retórico:

El *Papabocó*, al cual la luz daba ahora de frente, parecía un verdadero monstruo del Averno. Se daba paseos de aquí para allá y frotaba una con otra sus manos simiescas. En su cara de demonio sus ojos centelleaban como dos ascuas gigantes y movía las pupilas de un lado a otro con movimientos lentos y grotescos. De su boca salía un jadeo como el de una bestia apocalíptica excitada por fuerzas invisibles, y el belfo, agudo y penetrante, simulaba un áspid sólido y marfilíneo. Sus cabellos, erizados y pastosos, se habían alborotado aún más y semejaban un casco de estopa. Su figura era repelente, brutal, antihumana, como un nuevo Frankenstein surgido del ayuntamiento de un Tarzán negro con la hembra de un gorila. (González Herrera 2018: 225-226)

De hecho, no sorprende que se le asemeje a Hitler:

Dominaría ahora con su turba endemoniada y loca a los dominicanos, sueño acariciado toda la vida por los haitianos, quienes, ya una vez, a través de la historia, con turbas bárbaras e incultas, lograron imponerse por muchos años a sus vecinos, mucho más civilizados que ellos. Ahora la historia se

repetiría en la isleta mágica. La fuerza bruta, una vez más, dominaría la civilización. El sueño de Hitler de dominación mundial, [*sic*] era en pequeño el sueño de dominación total que dominaba el cerebro del Papabocó. (González Herrera 2018: 212)

Y en efecto, el trato que se da a los dos pueblos es parecido, pero más grave hacia los alemanes, que sí cometen un crimen atroz. Estas son las reacciones al hundimiento del vapor:

—¡Sistema alemán! —comentó con ironía el Dr. Romano—. ¿No sabe Ud. que las vidas humanas para nada cuentan en la nueva filosofía nazi? El poder, la fuerza bruta, los ideales falsos, el inhumano sentido del colectivismo lo componen todo para esos bárbaros. (González Herrera 2018: 113)

—¡*Ofrézcome* a la Virgen de La Altagracia! —decía la enfermera Petra, mientras se dirigían a los edificios—. ¡A esos alemanes debían quemarlos a todos vivos! (González Herrera 2018: 116)

Los tripulantes del submarino no hicieron nada para socorrer a los naufragos, y muchos distinguieron en su cubierta oficiales nazis que reían cínicamente al ver la confusión que había a bordo y los esfuerzos que hacían muchos por salvarse. (González Herrera 2018: 118)

Lo mismo se dice de los haitianos después de su modesto robo: «—¡A esos haitianos lo mejor sería matarlos a todos! —decía Pereira con cómica ferocidad, cuando se dirigían al comedor. —¡Yo quisiera que me los entregaran a mí!» (González Herrera 2018: 170).

Ahora bien, me parece forzado acusar a la novela de complicidad con la matanza de los haitianos de 1937 o con el intervencionismo norteamericano (véase Conde Sturla 1990<sup>5</sup>), no porque no sea el primero un acontecimiento aborrecible y el segundo una actitud perniciosa, sino, únicamente, porque los «malos» aquí son Papá Oguís y su acólito Tinyó (los únicos que son muertos por los marinos yanquis), y no los haitianos en general. Tanto que al final se dice: «Como últimas instrucciones se dieron las de buscar a los haitianos y no hacerles nada. —No hay que hacer-

---

<sup>5</sup> Hay que reconocer, sin embargo, al ilustre escritor la muy acertada relación que establece en su artículo entre el culto a la Altagracia y la invasión norteamericana.

les nada –decía el Dr. Herrera–. ¡Son locos, y como locos han actuado!» (González Herrera 2018: 242). Como después de Pearl Harbor República Dominicana había declarado la guerra a Alemania y se había aliado a los Estados Unidos, estos podían legítimamente desembarcar para una operación de socorro.

El oficial norteamericano que mata al «malo de película» por supuesto da en el blanco:

un disparo sordo estremeció el ámbito de la islita mágica. El disparo del oficial era el disparo de la justicia y no podía fallar: el *Papabocó*, antro de tinieblas y de retrogradación cayó ante el altar en que la culebra, erigida en principio salvaje, era la representante de unos dioses más salvajes aún. (González Herrera 2018: 236)

Pero los oficiales no parecen tener prejuicios raciales, si juzgamos por una conversación que mantienen poco antes. El más joven le dice al otro que, de casarse, «sería con una mujer que no fuera ni rubia ni blanca como soy yo» (González Herrera 2018: 232).

La primera descripción del mismo Rodolfo es la de «un joven apuesto, de tez morena, pelo negrísimo y apolíneo perfil» (González Herrera 2018: 32). Y solamente casi al final del libro es que leemos que no cree en el presagio de la luna rodeada por un círculo rojizo, porque «como blanco era poco supersticioso» (González Herrera 2018: 213). Sin embargo, se decide a autorizar el experimento de la resurrección vudú de Papá Oguís porque «era tan amigo de lo sobrenatural y lo imprevisto, que la escena del desenterramiento del cadáver y su posible resurrección, le fascinaba. ¿No tenía –se decía– algo de sobrenatural la aparición de Charlotte y el hallazgo del tesoro?» (González Herrera 2018: 182).

Es oportuno notar que González Herrera matiza bastante el tema de la superstición y las creencias populares; véase el personaje del dominicano Senén, que revela su condición de curandero de vudú dominicano<sup>6</sup> que sana con «botellas» (2018: 73 y 141) y defiende las razones de la mentalidad mágica popular frente al incrédulo Doctor Herrera, respecto al caso de Ubén transformado en zombi:

---

<sup>6</sup> James nota certeramente este aspecto en las páginas 113 y 127-128.

–Óigame doctor –dijo Senén, dispuesto a intervenir– ¿No cree que a este hombre le han echado una *brujería*?

El doctor lanzó al aire una sonora carcajada.

–¿Y hay gente todavía en el siglo de las fortalezas aéreas y de la televisión que crea en brujerías? –exclamó regocijado.

–Bueno... –contestó Senén todo confuso– yo no sé de eso de fortalezas y tele... qué... que Ud. dice–. Pero las brujerías de que las hay, las hay...

–¡En la mente de los ignorantes! –le repuso el doctor. (González Herrera 2018: 176)

Un pasaje donde todo aparece muy claro es la ya recordada lista de las donaciones que Rodolfo reparte de su tesoro, por consejo de la pragmática Charlotte, que «como buena norteamericana conocía que el dinero si no lo arregla todo, por lo menos arregla muchas cosas en este mundo» (González Herrera 2018: 239). Entre ellas hay:

\$20.000 para la fundación de un verdadero Manicomio Modelo.

\$20.000 para el fondo de guerra de los Estados Unidos de Norte América.

[...]

\$20.000 a la República de Haití para que combata el *vaudou* y proceda al mejoramiento de las clases bajas.

[...]

\$10.000 al Dr. Fernando Herrera para que haga estudios sobre los métodos y prácticas del *vaudou* en Haití.

[...]

\$10.000 para que Ubén sea internado en un sanatorio en el extranjero hasta su completa curación. (González Herrera 2018: 240)

Es decir, no deja de haber cierta dosis de respeto tanto hacia Haití como hacia el vudú. No debería sorprender entonces lo que afirma William Luis a propósito de la novela en *The Cambridge Companion to the Latin American Novel*: «The coming together of Haitians and Dominicans is present in Julio González Herrera's *Trementina, clerén y bongó* ("Turpentine, booze, and drums," 1943), one of the few works to recognize the neighboring country and its culture» (2005: 139). Porque, como nota atinadamente Miguel Ángel Fornerín, lo que importa en la novela de Julio González Herrera «es que su discurso crea una desestabilización del decir del poder encarnado en la figura omnímoda del generalísimo Rafael L. Trujillo. González Herrera

construye un contra-discurso dentro de la misma ciudad letrada trujillista» (2018: en línea).

El clerén y el bongó al lado de la trementina sugieren la presencia de una cultura seductora –y a menudo compartida– al lado de las prácticas inmovilizadoras y represivas de la falsa «modernización» trujillista. Y hoy, cuando las sensibilidades en el ámbito ideológico han ido evolucionando (por ejemplo, hoy choca mucho más el machismo radical y omnipresente de González Herrera), podemos apreciar algunas bondades de la novela. Sobre todo, si consideramos la época en la que apareció y la luz que trajo a la vida desdichada de su autor, aunque si fuera solamente el brillo azaroso de un tesoro de piratas y de los ojos azules de una rubia de película.

#### BIBLIOGRAFÍA

- BASIL, Darío (1978): *Poetas y prosistas dominicanos*. Santo Domingo: Cosmos.
- BOSCH CARCURO, Matías & PÉREZ VARGAS, Amaury & ACOSTA MATOS, Eliades (eds.) (2018): *Masacre de 1937. 80 años después: reconstruyendo la memoria*. Santo Domingo: Fundación Juan Bosch / CLACSO.
- CONDE STURLA, Pedro (1990): «El infierno apetecido de Julio González Herrera». «Trementina, clerén y bongó». «La trementina como medicina». «El trementinismo histórico». En *Taller de Letras. Blog cultural y político de Pedro Conde Sturla*: <[https://eltallerdeletras.blogspot.com/2017/12/el-infierno-apetecido-de-julio-gonzales\\_17.html](https://eltallerdeletras.blogspot.com/2017/12/el-infierno-apetecido-de-julio-gonzales_17.html)>.
- DEIVE, Carlos Esteban (1970): *Vudú y magia en Santo Domingo*. Santo Domingo: Museo del Hombre Dominicano.
- DI PIETRO, Giovanni (1996): *Las mejores novelas dominicanas & Bibliografía de la novela dominicana*. San Juan: Isla Negra.
- FORNERÍN, Miguel Ángel (2018): «Revolución en el Manicomio: el gobierno de los locos en *Trementina, clerén y Bongó*, de Julio González Herrera». En *Hoy Digital*: <<https://hoy.com.do/revolucion-en-el-manicomio-el-gobierno-de-los-locos-en-trementina-cleren-y-bongo-de-julio-gonzalez-herrera>>.
- GALLEGO CUIÑAS, Ana (2005): *Trujillo: el fantasma y sus escritores (Análisis y sistematización de la novela del trujillato)*. Tesis de doctorado, Universidad de Granada.
- GONZÁLEZ HERRERA, Julio (1943a): *En la ruta desolada*. Ciudad Trujillo: Pol Hermanos.
- (1943b): *Trementina, clerén y bongó*. Ciudad Trujillo: Pol Hermanos.

- (2018): *Trementina, clerén y bongó*. Santo Domingo: Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña.
- GUTIÉRREZ, Franklin (2004): *Diccionario de la literatura dominicana. Biobibliográfico y terminológico*. Santo Domingo: Búho, 207-208.
- HERRERA, Jochy (2018): «Prólogo». En González Herrera, Julio: *Trementina, clerén y bongó*. Santo Domingo: Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, 9-15.
- JAMES, Norberto P. (1997): *Denuncia y complicidad*. Santo Domingo: Taller.
- LUIS, William (2005): «The Caribbean novel». En Kristal, Efraín (ed.): *The Cambridge companion to the Latin American novel*. Cambridge / New York: Cambridge University Press.
- MOYA PONS, Frank (1997): «Julio González Herrera». En *Bibliografía de la literatura dominicana 1820-1990*. Santo Domingo: Comisión Permanente de la Feria Nacional del Libro, 287-288.
- PEÑOLGUÍN, Santiago (1940): *Vudú*. La Vega: Tipografía La Palabra.
- SEABROOK, William B. (1929): *The magic island*. New York: Literary Guild of America.
- (1935): *Asylum*. New York: Harcourt, Brace & Company.
- VEGA, Bernardo (1995): *Trujillo y Haití*. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana.
- ZAGLUL, Antonio (2011): *Obras selectas*, vol. I. Santo Domingo: Archivo General de la Nación / Banreservas.

# Escribir otra isla

La República Dominicana en su literatura

Fernanda Bustamante

Eva Guerrero

Néstor E. Rodríguez (eds.)

ALMENARA





JOSÉ RAFAEL LANTIGUA	
A modo de prelude . . . . .	9
FERNANDA BUSTAMANTE ESCALONA   EVA GUERRERO	
NÉSTOR E. RODRÍGUEZ	
Introducción. . . . .	13

ENTRE SIGLOS E INICIOS DEL SIGLO XX

OLGA NEDVYGA	
La farmacia y la emancipación de género en la literatura dominicana de entre siglos. . . . .	21
RAMÓN ANTONIO VICTORIANO MARTÍNEZ	
Representaciones del intelectual y la ciudad en <i>La sangre</i> (1914), de Tulio M. Cestero . . . . .	39
EVA GUERRERO	
Abigaíl Mejía: narrar entre República Dominicana y España. <i>Hojas de un diario viajero</i> (1919) . . . . .	53
GUILLERMO PIÑA-CONTRERAS	
Historia de una escritura: <i>La mañosa</i> (1936), de Juan Bosch . . . . .	69

SHARINA MAILLO-POZO	
Vigencia de la «Materia reunida» de Camila Henríquez Ureña. Algunas reflexiones desde el espacio académico estadounidense a su legado intelectual y feminista . . . . .	.85
EVA VALCÁRCEL	
Un destino apasionado. Ideario de <i>La Poesía Sorprendida</i> . . . . .	103
DANILO MANERA	
<i>Trementina, clerén y bongó</i> (1943), de Julio González Herrera . . . . .	117
MARÍA DEL ROCÍO OVIEDO Y PÉREZ DE TUDELA	
Del mito a la ironía. Catarsis y tragedia en los cuentos de Juan Bosch . . . . .	133
CATHERINE SAWYER	
«Contracanto a Walt Whitman» (1952), de Pedro Mir, y la descolonización de lo humano. . . . .	153

#### SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX Y NUEVO MILENIO

SANDRA ALVARADO BORDAS	
«Ficciones oscuras»: control autoral y violencia sexual en <i>Escalera para Electra</i> (1970), de Aída Cartagena Portalatín . . . . .	171
ALAIN B. ATOUBA EDJEBÁ	
Heterotopía y representación de subjetividades afrodescendientes en la poesía de Juan Sánchez Lamouth . . . . .	189
FARI ROSARIO	
La poética de lo maravilloso y lo siniestro en la novelística de Marcio Veloz Maggiolo. . . . .	213
NÉSTOR E. RODRÍGUEZ	
Opacidad y errancia en la poesía de Norberto James Rawlings . . . . .	231
VIOLETA LORENZO FELICIANO	
Burladores burlados. Astucia y sororidad en dos cuentos de Ángela Hernández . . . . .	245
JOCHY HERRERA	
Mar y pensamiento en la obra de José Mármol . . . . .	261
FERNANDA BUSTAMANTE ESCALONA	
«Aquí en el Ni e' se reescribe la novela». Celebración de la comunidad y la escritura diaspórica en voces de mujeres	

con conciencia mestiza, en <i>Levente no. Yolayorkdominicanyork</i> (2010), de Josefina Báez . . . . .	283
CATHERINE PÉLAGE	
Escribir la antillanía bella, terrible, trágica. <i>El hombre triángulo</i> (2005) y las performances literarias de Rey Andújar . . . . .	305
RITA DE MAESENEER   MARIE SCHOUPS	
«El rastro de su fragancia como una firma asfixiante en el aire». Una exploración de los sentidos en «Los trajes 1975» (2017), de Rita Indiana . . . . .	321
De los autores . . . . .	337